

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS

23



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

1990

Casas, Mariano. *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés no descubiertos en el archivo General de Indias de la ciudad de Sevilla*. Sevilla, 1915.

Olaz del Castillo, Bernál. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición de Joaquín Ramírez Cabañas. 2 vols. México, 1944.

Fernández Duro, Cesareo. *La armada española desde la unión de Castilla y Aragón*. 9 vols. Madrid, 1895-1903.

Fonseca, Quirino da. *A história da descoberta da Índia*. Coimbra, 1984.

Cardiner, C. Harvey. *Mexico: A Country and Its People*. Lexington, Kentucky, 1954.

Naval Power in the Caribbean. *Journal of Maritime Law and Commerce*, 1956.

"Temple in Transition." *Journal of Imperial Perspectives*. *Hispanic American Historical Review*, 1978.

Herrera, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de Indias*. 12 vols. Madrid, 1726.

Salgado, Fernando. *Historia general de las Indias*. México, 1933.

Salgado, Fernando. *Historia general de las Indias*. México, 1933.

Sandoval, Fernando. *El Asilero de Cortés en Tepic*. Boletín del Archivo General de la Nación, Vol. XXI, Número 1 (enero, febrero, marzo, 1950). México, 1950.

Vedia, Enrique de. *Carta de Relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de Nueva España*. en *Historiadores primitivos de Indias*, I. Biblioteca de Autores Españoles, T. 22. Madrid, 1916.

El mundo actual, con sus problemas y sus perspectivas, requiere una actitud de apertura y de diálogo. La paz no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar otros fines. La paz es un proceso, no un estado. La paz es un camino, no un destino. La paz es un compromiso, no un privilegio. La paz es un deber, no un deseo. La paz es un acto, no un sentimiento. La paz es un esfuerzo, no un regalo. La paz es un trabajo, no un juego. La paz es un combate, no un descanso. La paz es una guerra, no una tregua. La paz es una victoria, no una rendición. La paz es una liberación, no una opresión. La paz es una esperanza, no una desesperanza. La paz es una fe, no una duda. La paz es una caridad, no una indiferencia. La paz es una justicia, no una injusticia. La paz es una verdad, no una mentira. La paz es una vida, no una muerte. La paz es un amor, no un odio. La paz es un bien, no un mal. La paz es un valor, no un vicio. La paz es un honor, no una vergüenza. La paz es una gloria, no una ignominia. La paz es una grandeza, no una pequeñez. La paz es una eternidad, no una temporalidad. La paz es una eternidad, no una temporalidad.

EL HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO Y LA PAZ

POR EL LIC. ALBERTO GARCÍA GÓMEZ
 Universidad Nacional Autónoma de México
 Universidad Autónoma de Nuevo León

DENTRO DE LAS INQUIETUDES que afligen al hombre de nuestro tiempo, destaca la cada vez mayor y peligrosa de la eventual proximidad de la guerra atómica, en sus ya diversas variantes, así como el empleo de nuevas armas que sobrepasan con mucho la reacción del cerebro humano y que algún escritor ha llamado "la batalla de las computadoras", así como de otras celosamente guardadas para su oportunidad. Es, —sólo ahora— que el hombre ha comenzado a "pensar en lo impensable".

Las primeras afloraciones de tal inquietud se observan en las capitales de una cada vez mayor cantidad de países, en las que numerosos grupos de personas recorren las calles y se detienen ante los edificios públicos. Se manifiesta no sólo con la presencia física, sino también con pancartas de contenido eminentemente pacifista, tales como: "Señor, haznos instrumentos de tu paz"; "No puede haber una guerra nuclear limitada", "Los niños no podrán sobrevivir a la guerra nuclear", "Alto a la carrera armamentista" y otros más, como así ha acontecido ante el edificio de la Organización de las Naciones Unidas, en Nueva York, para hacer pública su protesta, no sólo contra las armas nucleares, sino también por la carrera armamentista que consume gran parte de los erarios públicos de las superpotencias envueltas en tan terrífica tarea.

En una publicación norteamericana,¹ se recuerda un feliz pensamiento de Victor Hugo: "No hay ejército que pueda detener una idea cuyo tiempo ha llegado". ¿Habrá llegado acaso hoy el tiempo de pensar seriamente y de accionar —al fin— en la idea de paz! Resulta difícil contestar categóricamente a esta pregunta, si se toma en cuenta que el hombre de nuestro tiempo se encuentra sumergido en otros problemas que, si bien no son de la magnitud de una guerra atómica, no dejan de inquietarle.

Está, por ejemplo, el hecho de la explosión demográfica, el que pese a la existencia de valiosos estudios que constituyen verdaderas admoniciones, se

¹ TIME. 29 de marzo, 1982. p. 8.

ha venido agudizando y necesariamente ha repercutido en lo social, tanto a nivel nacional como internacional. Las generaciones humanas han roto el ritmo natural de su desarrollo y hasta se ha hablado del choque de las mismas. En otro aspecto, las áreas antes pertenecientes a la naturaleza, lentamente han sido invadidas por el hombre, desestabilizando así el orden ecológico. La interrogante de si habrá alimentos suficientes para el hombre del futuro, pese a optimistas augurios, no tiene aún precisa respuesta.

El mundo actual contempla otra no menor preocupación, referida al campo de lo económico, ya que no constituye una novedad el saber del desquebrajamiento de las economías nacionales, las que, a su vez, han impactado a la economía mundial. El comercio a los mismos niveles mencionados, otrora floreciente y próspero, al presente acusa saldos negativos. Por su parte, la industria —aún en los países desarrollados— registra números rojos, comprobándolo la frecuencia de las quiebras de antes poderosas empresas.

Pero volviendo al tema prioritario de la paz, ¿cómo podría concebirse en un mundo tan convulsionado y con una escala de valores a tan bajo nivel?

Ahora es cuando la idea de paz empieza a fermentar en la conciencia de los hombres de nuestro tiempo, frente a la expectativa de lo que no puede llamarse en rigor una guerra, sino el aniquilamiento de la especie humana. En realidad, lo obsoleto de la palabra "guerra", tuvo su inicio a las 5.30 a.m. del lunes 16 de julio de 1945, cuando una llamarada, nunca jamás vista con anterioridad, siniestramente iluminó un radio de varios kilómetros alrededor del desierto de Nuevo México, en los Estados Unidos de Norteamérica, fecha en que había principiado la Era Atómica. A este respecto habíamos escrito: "La gravísima experiencia que tendría que arrostrar el hombre en el caso en que se decida a llevar a cabo una guerra, la que sería totalmente distinta a cuantas haya realizado en épocas anteriores, supone un hecho nuevo y trascendental, ya que el mundo presente ha entrado a nuevas condiciones sociológicas, lo que encierra circunstancias extrañas. Tal es el caso de la iniciación de la Era Nuclear, lo que indudablemente exige una revisión total, sino es que una verdadera y nueva regulación en todos los órdenes de la vida humana.² Está sucediendo trágicamente lo del aquel antiguo caso del mago imprudente que destapó un recipiente que contenía un genio del mal y que no pudo regresarlo a su envase.

De la primera bomba nuclear, hecha por los Estados Unidos, hasta nuestros días, el así llamado "Club Atómico", ha aumentado notablemente su mem-

² Alberto García Gómez. *La Universidad Internacional de la Paz*. Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León. 1975. p. 33.

brecía, así como agudizado su experiencia. Otras armas —no nucleares— también han aparecido con un gran poder destructivo.

En la desafortunada y aparentemente remota guerra de las Malvinas, se puso de manifiesto lo último de tales aseveraciones. Ciertamente no se emplearon armas atómicas, pero aconteció algo que a nuestros contemporáneos les parecía como imposible: una guerra, considerando el "temor" por tales armas, las que habían conjurado el peligro de un nuevo encuentro bélico, si bien, aparecieron otras de gran efectividad.

En realidad, la existencia —desde la primera a la última de las armas nucleares—, es un peligro real, cierto y creciente, sólo que ahora, sólo por ahora, está latente y mañana, un mañana que aparece confuso, pero totalmente encubierto por las nubes de la incertidumbre, si se llegaran a emplear antes, pudiera no llegar.

La sólo existencia del armamento nuclear y su eventual empleo, horroriza a la Humanidad, que ha comenzado a reflexionar en tan funesta posibilidad, en medio del mundanal ruido y ya no cree que tal existencia pueda servir de fundamento a la errónea e ilusoria creencia de que pueda asegurar la paz y alejar el peligro. Las armas nucleares fueron y son hechas para el aniquilamiento del enemigo. Este pensamiento también lo tiene el otro enemigo y en tan violenta reciprocidad, el hombre vé que puede desaparecer de la faz de la tierra. El pensamiento que se funda en la existencia del arsenal atómico, como preservativo de seguridad, cuando mucho podrá detener la hecatombe, pero no evitarla. Lo que sucede es que el holocausto se ha diferido, se ha aplazado, hasta el día en el que el odio, la ceguera y la estupidez humanas, aprieten el gatillo del disparo final y último.

Lance Morrow ha escrito:³ "La nueva metafísica de la guerra hace esta configuración: las bombas nucleares presiden, en una oscura y especulativa forma sobre la imaginación humana de la guerra. Lo nuclear es para la guerra convencional, lo que el monoteísmo del Dios Vengador fue para el humano viejo y amable y, relativamente, a las inofensivas idolatrías del politeísmo. La Ira de Dios, llega a ser el terrífico hongo que causaría millones de víctimas hipotéticas, muertas en una explosión nuclear y en la totalidad de una tempestad de fuego en la que todo cesa. Esto no es relativo, como sucedía en las guerras antiguas, sino absoluto, el vacío completo de la extinción. La guerra nuclear se posa en la mente como la espeluznante visión medieval del infierno: horrible, si bien todavía hipotética".

Sin duda, dentro de la metafísica de la guerra cabe preguntarse, lo que siempre se ha preguntado la Humanidad, ¿por qué la guerra?

³ Lance Morrow. *La Metafísica de la Guerra*. Time. 17 de Mayo de 1982. p. 19

Se han dado varias explicaciones y se han formulado teorías que tratan de encontrar la causalidad, pero no contestan la interrogación formulada satisfactoriamente, debido a que la problemática belicista es sumamente compleja y los esfuerzos por llegar a alguna conclusión, aún cuando fuese aproximada, pudiera arrojar alguna luz en la oscura encrucijada. Basta recordar la gran cantidad de teorías expuesta por el sociólogo Pitirin A. Sorokin,⁴ el que afirma que "la bibliografía existente sobre el origen de la guerra y de las revoluciones revela la condición irremediabilmente turbia de nuestro conocimiento de ese sector y también del de la causalidad en general. En primer término hallamos en esta bibliografía una variedad casi increíble de causas alegadas por investigadores diversos y aún, a veces, por uno solo. Los factores causales que se mencionan son: las manchas solares, las condiciones climáticas, las conjunciones de los planetas y otros factores cósmicos; los instintos de pugnacidad, de guerra, de lucha, de pelea, de agresividad y de gregarismo; la superpoblación, despoblación, el porcentaje alto o bajo de natalidad y mortalidad; la ley universal de la lucha por la existencia y otros factores biológicos; el temor, la lucha por la libertad, la relajación de los frenos impuestos por la civilización, la ambición de poder, la ostentación, la vanidad y docenas de otras fuerzas psicológicas; una larga serie de factores económicos, políticos, dinásticos, religiosos, estéticos, educativos y sociales; diversas condiciones culturales, tales como "la auténtica y la falsa cultura", las costumbres y sus semejantes; abstracciones filosóficas, como Destino, Providencia, etc., y, para finalizar, varios pequeños y grandes grupos de hombres "malvados".

Frente a esta gran diversidad de ideas, no resulta fácil distinguir la causalidad de la guerra y sí pensar, para acercarse a la prima ratio de la cuestión, en el agente causal que es el hombre, recordando lo que de muy antiguo es conocido y que Kant señalaba como la "malignidad de la naturaleza humana".

El hombre tiene su historia, la hace cotidianamente, y constituye el gran factor. Más, ¿cómo empieza esa historia? Principia cuando hace su aparición. En medio de la oscuridad de los siglos pasados, su figura, primitiva e insignificante, frente a un mundo de exuberante naturaleza, poblado por animales de gran tamaño y ferocidad, en un medio y circunstancias totalmente adversas. De la piedra a la bomba atómica, hay un jalón histórico que no ha sido debidamente evaluado. Se inicia un proceso de evolución y un ritmo ascendente, que es, en síntesis la dinámica belicista, agudizada en la época contemporánea a sus máximos niveles destructivos. Mas la aparición humana se produce en un lugar determinado: un grupo inicial y no varios en una imposible simultaneidad, de acuerdo con los antropólogos e historiadores.

⁴ Pitirin A. Sorokin. *Sociedad, Cultura y Personalidad*. Cultura e Historia. Aguilar. pág. 801.

Posteriormente, el grupo se extendió, dispersándose por la tierra. El hombre mismo habría de evolucionar en lo biológico y psíquico, operándose en esa dispersión, las adaptaciones a cada región y, a su vez, influyendo lo telúrico en el propio hombre. Nace la diversidad en idiomas, en costumbres, en fuerza y en debilidad y nacen también los afluentes culturales y las distintas cosmovisiones. La incipiente axiología empieza a formularse hasta llegar, a lo que parece haber pasado ya: la fuerza contra el Derecho.

Parece cosa de milagrería que el grupo inicial pudiera sobrevivir frente a la adversidad y a su limitada capacidad de pensar y de obrar. Claro que es necesario recordar que muchos hombres deben haber perecido en su lucha contra, no solamente los elementos, sino también en la que habría de producirse tanto en lo interno, en el seno del propio grupo, como en la costosa conquista de lo exterior y extraño. ¿Habrán perecido más hombres en la toma del incipiente mundo que los muertos en las guerras que el hombre ha realizado hasta el presente? Desafortunadamente, no hay medio de comprobación para lo primero y sí muy elocuente en la parte de las guerras, cuyas "glorias" se cantaron cuando comienza la historia antigua y la contemporánea.

Entre las primeras ocupaciones que el hombre primitivo tuvo que aprender para subsistir, fue matar animales. Luego llegó el momento en que tuvo que matar a sus semejantes, que le robaban sus pertenencias: la mujer, su mujer, que la naturaleza le adjudicara como lo más valioso, como compañera y generadora de la propagación de la especie; los instrumentos de la cacería, la cueva, que fue su único abrigo frente a los rigores extremos de las estaciones y de los ataques de las terribles bestias que ponían en peligro mortal a él y a los suyos y tantas amenazas que hoy casi resultan infantiles para el arrogante y vacío hombre de nuestro tiempo, aniquilado por la vida sensual que caracteriza a ésta nuestra Era Atómica, en la que también ha conquistado el espacio.

En otro aspecto, el hombre primitivo hubo de observar, no solamente la naturaleza que lo abrumaba, sino también cómo transcurría la vida animal, de la cual tenía mucho que aprender, encontrando, asimismo, el imperativo de matar entre las especies de tal género, dentro de un orden que, sin caer en el fatalismo, la muerte y la destrucción "armonizan" y equilibran a dichas especies. Ciertamente, no advirtió el aniquilamiento como el que el hombre puede producir en la eventualidad de un conflicto nuclear. ¿Acaso en el hombre resulta imperativo e irrefrenable el matar? ¿Qué acaso el hombre, dotado de inteligencia y razonamiento, no puede distinguir el bien del mal?

Vemos que dentro de las interesantes manifestaciones que el hombre actual comienza a exteriorizar acerca del peligro nuclear, de las cuales hemos mencionado algunas, se destaca la relativa a la moralidad de la guerra atómica,

tema que ha venido ocupando la atención de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos en los Estados Unidos. De acuerdo con los últimos informes de la prensa norteamericana,⁵ los obispos en cuestión, han venido elaborando un proyecto de Carta Pastoral, en el que participan 276 obispos y cuyas conclusiones, una vez que hayan sido debidamente discutidas y aprobadas, serán dadas a conocer a los 51 millones de católicos de la ley norteamericana. En los estudios previos del proyecto que se menciona, los obispos norteamericanos están buscando desarrollar una *Teología de la Paz* que viene a desafiar algunos de los supuestos fundamentales, así como las estrategias de defensa de cada Administración Norteamericana y de la mayoría de las del Mundo Occidental desde el inicio de la Era Nuclear. El ataque clave de los obispos es sobre la doctrina de la disuasión nuclear. Los obispos saben que la amenaza de los Estados Unidos de usar armas nucleares en respuesta a un ataque soviético, podría evitar el comienzo de la guerra; pero, no obstante, concluyen que tal política es insatisfactoria, porque ha creado y mantiene en su lugar, un balance de terror que también fácilmente puede llevar al holocausto. Asimismo, se sienten ofendidos por el costo del mantenimiento de la propia disuasión, porque dicen que esto toma el dinero de los programas destinado a los pobres. Hay que agregar que los obispos llaman al congelamiento nuclear, que es lo opuesto por el Gobierno y muchos expertos, quienes arguyen que tal cosa preservaría la superioridad soviética. Los obispos también urgen al Gobierno a trabajar activamente en un acuerdo de desarme con Moscú.

Con el respaldo del Papa Juan Pablo II, un grupo de expertos en el Vaticano declaró en el mes de Septiembre de 1982, que la prevención de la guerra nuclear "*es el más grande problema moral que la Humanidad jamás ha encarado y que no hay tiempo que perder*".

Pero, ¿cómo siglos de enseñanzas teológicas cristianas acerca de la guerra deberán ser aplicadas a las realidades de la actual carrera armamentista? Por dos años los obispos norteamericanos han venido luchando con esa interrogación.

En tanto los obispos arguyen su caso en contra de las armas nucleares en los meses por venir, tendrán que sostener que su posición sea consistente con la tradición de las enseñanzas de la Iglesia sobre la guerra. Hasta la aparición de la bomba nuclear, el enfoque de la Cristiandad sobre la guerra ha permanecido fundamentalmente invariable por siglos. Los primeros cristianos rehusaron prestar todo servicio militar, porque pensaron que las enseñanzas de Jesús de "AMA A TU PROJIMO", ordenaban pacifismo, ya que Roma

5 TIME. 29 de noviembre de 1982. N.º 48. pág. 54.

exigía votos idólatras. La Cristiandad llegó a ser una religión establecida en el siglo IV y pronto abrazó la teoría de la "Guerra Justa" de San Agustín, desarrollada en siglos posteriores por Santo Tomás de Aquino y otros teólogos.

Las condiciones tradicionales acerca de una guerra moralmente justificable, las que son generalmente aceptadas, tanto por los católicos, como los no católicos, son: que sea declarada por una autoridad legítima; por una causa justa; con buena intención, como último recurso y emprendida con medios limitados. Los dos criterios para conducir una guerra justa que son especialmente pertinentes al debate nuclear de hoy, son: *discriminación* (No matar directamente a civiles inocentes) y *proporción* (una guerra de devastación no deberá exceder el mal que busca vencer). Los pacifistas nucleares arguyen que esos dos factores necesariamente excluyen a la guerra atómica.

Hay un antecedente valioso que se ocupó, no sólo de examinar el problema de la guerra moderna desde el exclusivo campo de la moral, sino también de la justicia. Nos referimos al Acuerdo tomado en el Segundo Congreso del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, celebrado en Sao Paulo en 1953, al decir que:

1°. Por encima del Estado e independientemente de sus voluntades, están la Moral y la Justicia, cuyas indeclinables exigencias, en sus esenciales principios, son ajenas a toda determinación histórica y rigurosamente inmutables y pueden ser conocidas de todo hombre de buena voluntad y ningún derecho positivo las puede menospreciar.

2°. El Derecho Internacional positivo está sujeto, en su formación, a los límites impuestos por el bien común internacional.

3°. Este bien común no es individualista ni colectivista; existe para el perfeccionamiento de los fines esenciales de todos los sujetos del orden jurídico internacional, pero no se confunde con ellos.

4°. Las exigencias del bien común internacional, la posibilidad de destrucción de la Humanidad por la técnica de la guerra total, el hecho de que ningún Estado se baste, hoy en día, para cumplir por sí sólo uno de los fines esenciales de toda Comunidad política, cual es la de asegurar su defensa contra todo posible enemigo exterior, imponen, inexorablemente, a los Estados, la obligación, en abstracto, de constituir una organización política eficaz de la Comunidad Internacional.

5°. La Organización Internacional debe tener como punto de partida la libertad indispensable de los Estados compatible con la autoridad que, en cada momento histórico, exige el bien común de la persona humana⁶.

6 Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional. Tabla General de las Resoluciones y demás Acuerdos. (1951-1977) por el Dr. José Pérez Montero. Publicaciones de la Secretaría General. Madrid. 1979. pág. 24.

Desde luego, resultará del mayor interés el conocer las conclusiones a las que llegue el mencionado debate moral, el que constituye una autorizada reprobación acerca del empleo de la fuerza nuclear en los conflictos entre naciones, conclusiones que, por otra parte, servirán de fundamento a nuevas perspectivas de paz que pueden derivar en una nueva toma de conciencia universal, no solamente en lo moral, que es de trascendente importancia, sino también en lo político. Siendo de desearse que vaya en aumento el alzamiento de la conciencia nuclear; que los pueblos del mundo conozcan con precisión cuáles son los peligros mortales que constituyen las armas atómicas para pasar del conocimiento a la acción; que todos los hombres de todas las latitudes, condenen y proscriban tales armas, así como la carrera armamentista y que desaparezcan las ideas y planes para su empleo, de la mente y de los arsenales de aquellos que tienen la grave responsabilidad que trasciende a las actuales generaciones y a las futuras, de conducir a sus pueblos, no a la muerte, sino a una vida pacífica en donde florezca el amor y no el odio y se apliquen aquellas hondas palabras de: ¡Miráos como hermanos!

ALGUNOS EFECTOS ECONÓMICOS DE LA INFLACIÓN SOBRE LOS INGRESOS DE LAS EMPRESAS Y SOBRE LA ESTRUCTURA TRIBUTARIA

DAVID G. DAVIES
Duke University

Traducción de: Jesús A. López Heredia

INFLACIÓN Y LOS IMPUESTOS A LAS EMPRESAS

INTRODUCCIÓN

PARA ENTENDER LOS EFECTOS DE LA INFLACIÓN sobre las empresas es necesario comprender el impacto de las prácticas tradicionales de contabilidad en conjunción con la ley impositiva sobre el ingreso de la empresa.¹ La inflación cambia los precios de los bienes que una empresa compra y vende, afectando de esta manera sus costos, ingreso, y su base gravable efectiva. Además, el uso del método de costo histórico en la contabilidad convencional tiene un impacto muy importante sobre las responsabilidades fiscales de las empresas.

Existe un acuerdo casi universal de que el método contable de costo histórico aumenta en forma significativa las utilidades nominales durante períodos inflacionarios. Las utilidades nominales son más elevadas de lo que en realidad serían si los costos y los ingresos de las empresas fueran expresados en precios constantes similares.²

Martin Feldstein ha descubierto que las tasas efectivas de tributación sobre varios tipos de ingresos de capital aumentaron substancialmente durante la década inflacionaria de los 70s. La razón no se debió al incremento oficial de

1 La más completa descripción y análisis de la relación entre inflación y el sector negocios está contenida en Commonwealth of Australia, Committee of Inquiry into Inflation and Taxation (Chairman: Professor R. L. Mathews), *Inflation and Taxation*, Canberra May, 1975.

2 Veá *ibid.*, p. 338.